EL PALACIO DE LAS TULLERIAS.

En el sitio que ocupa este palacio habia hace cuatrocientos años una fábrica de tejas, *tuiles* en francés, y de aqui procede el nombre de Tullerías. En 1518 Francisco I compró una casa que habia allí, y se la regaló á su madre Luisa de Saboya para que fijara en ella su residencia, porque creia que le era perjudicial el aire del palacio de Tournelle. En 1525 la princesa se lo regaló á Juan Tieralin, que le vendió á Catalina de Médicis, esposa de Enrique II. Esta reina le engrandeció mucho; sus dos arquitectos, Delorme y Bullant, hicieron el pabellon de en medio, los de las dos alas contiguas, y otros dos cuerpos de edificio; pero el palacio no llegó á ser verdaderamente régio hasta el tiempo de Enrique IV. Su arquitecto Ducerceau le terminó por los dos grandes pabellones de Flora y de Martau. Tambien mandó este rey empezar la larga galería que une el Louvre con este palacio; y suspendidos los trabajos á causa de su muerte, concluyeron en tiempo de Luis XIII. Al advenimiento de Luis XIV se dió órden á Sevean y Orbay para que corrigieran los defectos mas notables de las fachadas, y lo pusieran todo en armonía, y desde entonces hasta Napoleon ha habido pocas adiciones notables, á pesar de los cambios de gobierno ocurridos desde 1789 á 1800. En 1808 el emperador mandó que se construyera la galería septentrional, que corre por la calle de Rivoli, y que debe unirse al Louvre. Después de la revolucion de 1830, Luis Felipe hizo mejoras considerables. Mandó construir una nueva escalera, y con este motivo hubo que avanzar la fachada de en medio al jardin. Tambien se practicó en este una separacion por medio de una reja, dejando solo para la familia real una parte contígua al edificio, bajo cuyas ventanas pasaba antes la gente. Esta parte es el encantador parterre que agrada á los que le ven. Ahora se continúa la obra proyectada por Napoleon I.

A las habitaciones públicas del rey, situadas en el primer piso, se entra por el pabellon del reloj ó por el de Flora; la entrada á las habitaciones privadas, que se hallan situadas en el patio de en medio, es por el pabellon de Flora: con estas habitaciones comunican las que ocupan las señoras. Al Norte, en la calle de Rivoli, está el pabellon Marsan; y saliendo del pabellon de Flora se encuentra la sala de bailes, después la del trono, la del consejo y la de los mariscales. Esta última tiene un balcon al jardin y otro al patio; en ella se ven los retratos de cuerpo entero de los mariscales vivos, y los bustos de la mayor parte de los generales que se han distinguido en la guerra.

El jardin de las Tullerías, que ocupa unas treinta y cinco hectáreas, y que en tiempo de Luis XIII estaba separado del palacio por una calle, se debe al plan de Lenostre, arquitecto de Luis XIV. Presenta grandes calles paralelas, con filas de árboles cortados, unos formando caprichosas figuras, y creciendo otros á toda su altura, adornado con bonitos saltos de agua. Allí se ven varias estátuas, salidas del cincel de los primeros artistas. Entre otras se distingue un Phidias de Pradier, un Spartaco de Joyatier, un Pericles de Debay, un Temistocles de Lemaire.

El patio del palacio está cerrado por una reja de hierro, que se apoya sobre un muro de sostenimiento, y el centro presenta un arco de triunfo, que da á la plaza de Carroussel, erigido en 1806 por el emperador á semejanza del de Septimio Severo en Roma, con caballos corintios, semejantes á los de la plaza de San Marcos en Venecia. Este

monumento, debido á los dibujos de Fontaine y Percier, tiene 15 metros de altura, 20 de ancho y seis de espesor. Se compone de tres arcadas, con una trasversal. Como fué elevado á la gloria de los ejércitos franceses, tiene muchas estátuas representando militares de diferentes armas. El carro de cuatro caballos, colocado en el remate, es de bronce, obra de Bosio, y es de un grande efecto.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

DESDE LA PUERTA DE GUADALAJARA Á LA PUERTA DE BALNADU Y AL ALCÁZAR.

El último trozo de los en que hemos subdividido nuestro paseo mental por el antiguo Madrid, estaba comprendido dentro del lienzo de muralla que, partiendo de la puerta de Guadalajara en direccion al Norte, seguia por donde hoy es calle de *Milaneses*, y mas adelante, por el sitio que ocupan las casas entre las calles del *Espejo* y la del *Meson de Paños* y de los *Tintes* (hoy de la *Escalinata*) (2), á salir hácia las fuentes ó *Caños del Peral* ó de *Peraylo*, donde abria otra entrada por la puerta llamada de *Balnádu*, como al frente de la subida de Santo Domingo; y por donde después estuvo la calle y casa del *Tesoro* (que ya no existen) cerraba en fin con el ángulo meridional del Alcázar.

De todo el caserío contenido en este recinto, no solo en tiempos remotos, sino aun de las construcciones de los siglos XVI y XVII, apenas queda ya uno ú otro edificio, habiéndose renovado completamente en nuestros dias, y desaparecido hasta las memorias que formaban las páginas de su historia; procuraremos sin embargo traer á nuestro recuerdo aquellas que aun hayamos podido alcanzar á reunir.

Sobre las ruinas sin duda de la muralla, y como á la embocadura de la calle del Espejo, dando frente á la misma calle de Milaneses, existe aun, aunque renovada, la casa número 4 antiguo y 2 nuevo en que nació en 8 de diciembre de 1564 la *Beata Mariana de Jesús*, célebre por su santidad y virtudes, hija de Luis Navarro, *pellejero andante en corte*, que vivia en dicha casa. Esta humilde sierva de Dios murió en 17 de abril de 1624 en una casilla aislada que aun existe, y fué construida para ella, inmediata al convento de Santa Bárbara, mereciendo ser beatificada por la Santidad de Pio VI en 1783, y hoy se conserva su cuerpo incorrupto en la iglesia de monjas de D. Juan de Alarcon, calle de Valverde.

La *calle de Santiago*, que va á Palacio, compuesta hasta bien entrado el siglo actual de un antiquísimo, elevado y apiñado caserío, se ha renovado casi por completo, quedando solo del antiguo, á la entrada de dicha calle por la de Milaneses, una casa grande que creemos fué de los *Victorias*, familia muy estimada en Madrid; y hasta la primitiva iglesia parroquial de *Santiago Apóstol*, cuyo origen pretenden los historiadores remontar á los tiempos de la monarquía goda, y por lo menos consta ya desde el siglo XII inmediato á la conquista de la villa, arruinada á impulso de los tiempos, en este mismo siglo ha sido reedificada de nueva planta en 1811, bajo los planes del arquitecto D. Juan Antonio Conde.—Por la misma época desapareció tambien el inmediato convento de monjas franciscanas de *Santa Clara*, fundado en 1460 por Doña Catalina Nuñez, muger de Alonso Alvarez de Toledo, tesorero del rey D. Enrique IV, que tenia sus casas contiguas y con tribuna á ambas iglesias de Santa Clara y Santiago, y formaba con la misma parroquia la manzana 429 en el sitio que hoy está la casa de baños de la Estrella (3). Hoy no existen tampoco dichas casas de *Alvarez de Toledo*, señor de Villafranca, que debieron ser tan suntuosas, como que en ocasiones sirvieron de aposentamiento á los reyes Juan II y Enrique IV. En 1433 vivia en ellas el famoso condestable y maestre de la órden de Santiago *D. Alvaro de Luna*, y en las mismas nació su hijo D. Juan, conde de Santisteban y de Alburquerque, y señor del Infantado, siendo sus padrinos el rey y la reina, que regalaron á la parida Doña Juana Pimentel, muger del condestable, un rubí de valor de mil doblas, é hicieron celebrar grandes festejos con este motivo. Estas casas pertenecieron después á los condes de Lemus, hasta que fuéron derribadas por los franceses como otras muchas de la antigua nobleza madrileña, tales como la del marqués de Auñon, y de los Herreras, Borjas, Pimenteles, Noblejas y otras várias que formaban de distinta manera las manzanas 420 y contiguas entre dicha calle de Santiago, la del Espejo y los Caños del Peral y pretil de Palacio.

En este terreno, y por donde ahora, con las nuevas manzanas de casas que han sustituido á aquellas, se forman las calles alineadas y regulares de la *Amnistía*, la *Union*, la *Independencia*, *Santa Clara*, *Vergara*, *Velazquez* (1), *Ramales*, *El Lazo* y *Lemus*, corrian otras informes, estrechas y costaneras, tituladas plazuela de *Garay*, *Quebrantapiernas*, del *Gallo*, del *Recodo*, de *Santa Catalina*, del *Carnero*, del *Buey*, de la *Parra*, del *Tufo*, plazuelas y calles de *Santa Clara*, de *Rebeque*, de *Noblejas* y de *San Juan*, en donde estaban todas aquellas casas principales de las familias ya citadas, construccion las mas de ellas de los siglos XV y XVI, y que si no gran mérito artístico, tenian por lo menos el recuerdo histórico de los personajes que las habitaron. Todas ellas, hasta el número de cincuenta ó sesenta edificios, desaparécieron á impulso de la piqueta, y por consecuencia de los planes de reforma que para las avenidas del Real Palacio ideó el intruso rey José Bonaparte en los primeros años del siglo actual.—Con ellas cayeron además de las ya dichas iglesias de *Santiago* y *Santa Clara*, la parroquia de *San Juan*, que formaba la manzana 430 al desembocar de las calles de Santiago y de Cruzada, y era tan antigua, que los autores matritenses la suponen fabricada en tiempo de los emperadores romanos, y fué consagrada á mediados del siglo XIII. A esta parroquia estaba agregada desde 1606 la de *San Gil el Real* y *San Miguel de Sagra*, antiguas de Palacio que estaban en el convento de franciscos descalzos de *San Gil*, situado algo mas abajo en la manzana 434, que tambien sucumbió en la demolicion general. En la bóveda de dicha parroquia de *San Juan* fué sepultado el insigne pintor de cámara *D. Diego Velazquez de Silva*, y en nuestros tiempos se han hecho, aunque sin fruto, á costa de los apasionados de aquel gran genio, algunas escavaciones para tropezar con dicha bóveda que encierra sus restos. La feligresía de esta parroquia se incorporó á la de Santiago, que hoy se titula de *Santiago y San Juan*.

Algo mas conservado, aunque con notables y recientes modificaciones, existe el otro trozo de caserío entre las calles de Santiago y la Mayor, formando las tituladas de *Luzon* (antes de *San Salvador*), de *Cruzada*, del *Biombo*, de *San Nicolás*, del *Viento* y de los *Autores*, hasta salir adonde estuvo el antiguo *pretil* y al arco de palacio.—En la primera de ellas existe señalada con el número 4 nuevo la antigua casa solar de los *Luzones* de Madrid, de cuyo ilustre apellido ya se hace mencion en tiempos de Juan II, de quien fué tesorero y maestresala Pedro Luzon, alcaide de los Alcázares de esta villa y su alguacil mayor, y cuyos sucesores vienen figurando siglos después en la historia de esta villa, siendo todos sepultados en la capilla propia que tenian en el antiguo convento de San Francisco. Después, y creemos que á principios del siglo XVII, pasó esta casa y apellido á incorporarse á los del conde del Montijo, y posteriormente á los de *Aranda*, que hoy posee el duque de Hijar.—Formando la esquina de dicha calle, frente á la iglesia de Santiago, existe otra casa notable que fué de la ilustre familia de los *Lodeñas*, y labró de nuevo, á principios del siglo XVII, D. Sancho de la Cerda, marqués de la Laguna, cuyos escudos de armas se ven en la fachada, y á la esquina de ella se alza una torrecilla como las que solian tener todas estas casas principales de la nobleza madrileña, y un ancho zaguan de dos puertas. Hoy habita en ella el señor duque de Ahumada, inspector de la Guardia civil, y creemos pertenece á las monjas trinitarias.—La inmediata, que forma con ella la manzana 428 y tiene su entrada por la calle de la Cruzada con vuelta á la de Santiago, perteneció á la familia de los *Guzmanes*, y hoy al señor D. José Caballero del Mazo.—La familia de los *Herreras*, fundada en Madrid por Alonso Gomez de Herrera á principios del siglo XV, y en la que su nieto D. Melchor tuvo el título de primer marqués de Auñon, regidor y alférez de Madrid en 1583, poseia varias casas en esta demarcacion y capilla propia en esta parroquia; las principales de aquellas eran las que estaban á la esquina frente de la iglesia de San Juan, por la puerta que miraba á Palacio, y otras en la plazuela de Santiago y detrás de Santa Clara: ninguna de ellas existe, y sí solo las que fuéron de Pedro de Herrera el viejo, del marqués de Auñon y conde de Olivares, que reedificó después el Consejo de la Santa Cruzada, para establecerse en ella, y hoy poseen los condes de Campo Alange por el mayorazgo de Negrete. Dichas casas son muy suntuosas y de buena fábrica, con frentes á las calles de la Cruzada y de San Nicolás.

(1) Véanse los números anteriores.

(2) En comprobacion de que la direccion de la antigua muralla iba por donde hoy la calle del Espejo, y no por la de las Fuentes, como algunos opinaban, cita Alvarez Baena en su *Compendio de las grandezas de Madrid*, el hecho de haberse arruinado en 1640 un trozo de dicha muralla sobre las casas del relator Llanos, donde vivia un médico, de cuya familia perecieron cinco individuos; y últimamente, en 1853, con motivo de la reconstruccion de las casas números 3 y 5 de la calle del Meson de Paños, vimos nosotros mismos al descubierto otro cubo ó trozo de muralla, que seguramente nos convenció de su direccion entre ambas calles.

(3) En el piso segundo de esta casa, número 5 nuevo de la calle de Santa Clara, se suicidó el dia 15 de febrero de 1837 el malogrado ingenio D. Mariano José de Larra, conocido por *Fígaro*.

(1) Esta calle, que apellidamos aquí con el nombre del célebre pintor *D. Diego Velazquez* por haberlo así acordado en 1848 el Excmo. Ayuntamiento, publicándolo de oficio en el Diario y consignándolo en el plano oficial de la villa, se ha rotulado después como continuacion de la calle de *Vergara*, no siéndolo rectamente, y sobre todo, olvidándose el Ayuntamiento de su propio acuerdo y mandato, al tiempo que fijó el nombre de todas las calles nuevas de la plaza de Oriente.

En la misma calle de Luzon, y frente á la casa del propio apellido, existe todavía otra casa que segun Quintana fué del regidor *Velazquez de la Canal*, «en que solia vivir el canciller de Aragon», y recayó después en los marqueses de Villatoya. Tambien fué de la misma familia de la *Canal*, y de la de *Cabrera* y *Bobadilla*, de los condes de Chinchon, y luego del marqués de Tolosa, el desmantelado é inmenso casaron de la manzana 436, que da á las calles de San Nicolás, y del Factor, y sirvió en nuestros dias de cuartel de veteranos.

Entre dicha calle de San Nicolás y la de Luzon, y á las accesorias del antiguo convento de *Constantinopla*, se formaban unos recodos y callejuelas estrambóticas, propiamente apellidadas *del Biombo*, que se han regularizado en parte con el derribo de dicho convento, en cuyo solar, además de las casas construidas recientemente, se han abierto las calles tituladas de *Calderon de la Barca* y de *Juan de Herrera*.—La manzana 426 la ocupa la antiquísima y mezquina parroquia de *San Nicolás*, á que en el dia está incorporada tambien la feligresía de la demolida de San Salvador. En esta iglesia fué bautizado el famoso poeta y guerrero *D. Alonso de Ercilla y Zúñiga*, y en su bóveda estuvo sepultado el célebre arquitecto del Escorial *Juan de Herrera*.—Por último, entre dichas calles del Factor y el Arco y Pretil de Palacio, por la parte alta, se formaban las manzanas 437, 38 y 39, en que estaban las casas ó palacios apellidados de *Reveque* ó de *Esquilache*, de que ya hicimos mencion en otro artículo, y las de *Noblejas*, que no existen ya.—De la 440 ya hablamos por la parte que da á las plazuelas de los Consejos y Santa María y casas de los duques de *Pastrana*, hoy del colegio de Leganés, y de la *Cueva*, hoy del duque de Abrantes. La que hace esquina á la calle del Factor y antigua del Viento, fué del mayorazgo de los *Riveras*, y creemos que hoy pertenezca al condado de Cifuentes. La manzana 441 es la iglesia parroquial de Santa María; y la 442, con frentes á la plazuela de la Armería y á la calle de los Autores, la forman dos únicas casas, antiguas y notables; la del número 1 antiguo y 3 moderno, perteneciente al señor conde de Bornos y Murillo, y propia de la antiquísima familia y mayorazgo de *Ramírez* de Madrid, y la contígua, que aun hoy posee el sucesor en los apellidos *Mudarra* y *Herrera*, y fué perteneciente á la otra casa de los Herreras de la parroquia de Santa María, que tienen capilla propia apellidada de los *Mudarras* en la misma parroquia.

Por la parte baja de dicho Pretil de Palacio y plazuela de San Gil, y próximamente al sitio por donde ahora corre la calle de *Requena*, lo hacia anteriormente la llamada *del Tesoro*, siguiendo la direccion de la antigua muralla desde el ángulo del Alcázar hasta la puerta de *Balnadu*, quedando á la parte fuera la huerta ó *jardin de la Priora*, que ocupaba casi todo el espacio que hoy los paseos y jardines de la *plaza de Oriente*, los *caños* y lavaderos *del Peral*, y la cava ó foso del Alcázar.—Esta puerta de *Balnadu*, como hemos dicho, interrumpia por última vez los lienzos de la muralla, y era igualmente del tiempo de los árabes, fuerte, estrecha y con revueltas, miraba al Norte, dando frente á la Cuesta de Santo Domingo, y debió desaparecer cuando la muralla y ampliacion de Madrid por aquel lado, hácia los siglos XIII ó XIV, aunque segun una nota del señor Cean fué derribada en 1787, en cuya fecha creemos haya una errata de imprenta. Sobre la etimología del nombre de dicha puerta tambien han entablado las obligadas controversias los analistas madrileños, suponiéndole los mas impertérritos defensores del origen romano, derivado de las dos palabras latinas *balnea duo*, que indica *claramente* que por allí se salia á los baños; y los del origen árabe, de las palabras de este idioma *bal-al-nadur*, que traducen puerta *de las Atalayas*, *del Diablo* ó de la *frontera del enemigo*.

Tal era el recinto interior del Madrid que podemos llamar primitivo, y dentro del cual hemos visto que no queda ya una sola piedra sobre piedra, no diremos de la época fabulosa de la pretendida *Mántua* griega, *Ursaria* y *Majoritum* de los romanos y los godos; pero ni aun del mismo *Magerit* de los musulmanes. Alcázares, castillos, mezquitas, baños, palacios, casas y calles, hasta la misma fortísima muralla que encerraba y defendia todos aquellos objetos, y fué conquistada á fuerza de armas á fines del siglo XI por las huestes vencedoras del monarca castellano D. Alonso el VI, todo, absolutamente todo, desapareció con el trascurso de casi ocho centurias, sin dejar mas que los nombres de algunos sitios, edificios y puertas, que recuerdan la larga dominacion de los sectarios de la media luna.—Aun las costrucciones que sucedieron á aquellas ruinas en los siglos inmediatos á la conquista, cedieron tambien á la segur del tiempo, y ya hemos señalado los rarísimos edificios que todavía se conservan anteriores al siglo XV. Baste decir que de las diez iglesias parroquiales intramuros, que cita Gonzalo Fernandez de Oviedo, á principios del siglo XVI (1), y de que se hace ya referencia en el fuero de Madrid, concedido por el rey D. Alfonso el VII á mediados del XII, solo existen ya con edificio antiguo, aunque considerablemente renovado, las cuatro de Santa María, San Pedro, San Andrés y San Nicolás. Las de Santiago y San Justo tienen templos modernos, y las de San Miguel, la de San Juan, San Gil y San Salvador perdieron sus templos y hasta su parroquialidad.—En cuanto á las tres de San Martin, San Ginés y Santa Cruz, fundadas en el arrabal estramuros, y de este mismo *arrabal*, que fué formándose después de la conquista hasta constituir una nueva y mas importante poblacion que la primitiva, nos ocuparemos en los artículos siguientes.

R. DE MESONERO ROMANOS.

(1) «Hay diez iglesias parroquiales dentro de los limites de Madrid, y tres en el »arrabal, que son aquestas. Santa Maria de la Almudena. Sant Johan. Santiago. Sant »Gil, alias Sant Miguel de Sagra, y esta es una pequeña iglesia y está dentro de la »puente é cava del Alcázar. Hay otra que se dice Sant Miguel Otteres. Sant Nicolás. »Sant Salvador. Sancti Juste. Sant Pedro, et San Andrés, al que algunos llaman »Sant Esidro, por un cuerpo sancto, que alli dicen que hay, y hace muchos siglos »que está, que no está canonizado. Las iglesias del arrabal son tres. Santa Cruz, Sant »Ginés, et Sant Martin.» (*Quinquagenas.*)

YO, ELLA, NOSOTROS.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

YO.

¿No te ha ocurrido nunca, lector amigo, salir á la calle y no saber qué hacer ni adonde ir?...

¿No te ha ocurrido observar las mugeres que pasaban, para notar cuál era bonita y cuál fea?...

¿No te ha ocurrido ver alguna que te haya dejado una impresion agradable?...

¿No te ha ocurrido desear saber quién era la que así te habia impresionado?...

¿Y no te ha ocurrido, finalmente, poner de tu parte cuantos medios han estado á tu alcance para lograrlo?...

Pues si alguna vez te ha sucedido, comprenderás cuán fácil es que á mí me haya tambien pasado.

Yo, héroe de mi narracion, soy muy enamorado y he tenido varios de esos dias; pero uno sobre todo me ha dejado una impresion que no se borrará nunca de mi memoria.

Paseaba yo á las once de la mañana por la carrera de San Gerónimo; era domingo, y me iba entreteniendo en ver pasar mugeres, cuando llegó una; su aspecto me llamó la atencion; llevaba el velo echado, y juzgué que debia ser bonita; la seguí, entró en misa, se alzó el velo; era preciosa; no te hagé su retrato, porque enamorado como estoy, siempre habria de pintártela sin defecto; bástete saber que es rubia, que tiene hermosos ojos y talle encantador; la estuve contemplando, y á medida que la veia, mas me agradaba; me encantó al principio, después me sedujo, me hechizó, me fascinó.

¿Quién era?.. ¿Cómo se llamaba?... ¿Por qué venia sola á la iglesia?... Tales eran las preguntas que yo me hacia, sin poderme contestar mas que paciencia: efectivamente, salió el cura á decir misa y yo empecé á oirla, proponiéndome en cuanto se acabara seguirla y saber dónde vivia.

Se acabó la misa, se levantó, salió, y fuí detrás de ella; pero el público me detuvo; salí á la calle precipitado, fuera de mí, miré de todos lados y... nada; habia desaparecido. Pintarte el efecto que me produjo esta triste escena seria inútil; yo, que tantos sueños me habia forjado en un minuto; yo, que me veia correspondido, amado, adorado, me resigné tristemente á no saber ni quien era, ni cómo se llamaba, ni en dónde vivia. Esperé otra ocasion, y vine á mi casa; me puse á leer, cada letra me la retrataba: las redondas me hacian ver sus ojos, las largas su talle esbelto, las delgadas lo elegante de su aspecto; dejé un libro y tomé otro; pero todos tienen letras, y todos me la representaban; pasé del D. Quijote á Werther; de este á Murger, del cantor de la Bohéme á Beranger; del amante del Lisette á Balzac, etc., etc... hasta que me cayó en las manos el mas prosáico, el mas metódico de mis libros, el único que me descubre el porvenir, el que me dice lo que ha sido, lo que es y lo que será cada dia; tropecé, digo, con mi almanaque; le tengo abierto en el mes en que vivo; así que, al contemplarle di un grito de alegría; acababa de ver que el martes estaba señalado con una mano negra, lo cual queria decir dia de misa, y volví de nuevo á mis ensueños.

Tenia ya la certidumbre de que aquella muger no podia faltar á misa de once, porque yo iba á ir; que entonces la veria, la hablaria, la declararia mi amor, y pasaria unos dias tan felices como los de los amantes de mis libros.

Tengo que advertirte que nunca he amado, y que por consiguiente era para mí cosa nueva: así que, aun me pintaba yo el amor mas poé-

tico que lo es en realidad; veia á mi bella desconocida sonriéndome de amor, jugar con mi cabello, jurarme mucha, mucha constancia, darme pelo suyo, flores besadas con sus divinos lábios, cartas por el balcon sin permiso de la mamá, en las que me llamaria su vida, su ídolo, su sueño de oro y todas las frases que me habia enseñado Alfonso Karr; me veia á sus piés abrazándola, sorprendido por su madre, en la precision de pedir su mano; que la suegra me la concedia; que me casaba, y al año tenia un parvulito que seria la mitad de su alma confundida con la mitad de la mia.

Todo esto y mucho mas que no te cito, porque lo habrás leido en los novelistas modernos, me ocupó la imaginacion durante el domingo y el lunes; llegó el martes, ¡oh gran dia! feliz como ninguno, en el cual empecé por llamar estólidos é ineptos á los que le han llamado aciago.

Me vestí temprano, y á las nueve ya estaba yo en la Carrera de San Gerónimo: se me figuraba que el reloj del Buen Suceso atrasaba, que los cuartos de hora los daba con lentitud, que el mio padecia de la misma enfermedad: dieron las diez, y me empezó el corazon á palpitar; dentro de una hora iba á ver á la que habia sido mi único pensamiento un dia y una noche y otro dia y otra noche; con la que habia soñado, á la que habia visto aun mas hermosa en sueños que en realidad.

Me deshacia en inquietud porque no daba la media; sacaba mi reloj creyendo que iba ya á faltar poco, y habia andado dos ó tres minutos.

Hubiera querido en aquel momento haber sido el tiempo para haber arreado á los caballos del sol y haber adelantado una hora el cuadrante de la vida; hubiera querido ser el monaguillo del Buen Suceso para haber tocado á misa de once; por fin dió el reloj los tres cuartos, y el monaguillo el primer toque: entonces el corazon se me saltaba del pecho; dieron el segundo, y empezaron á venir los fieles, y *ella* no venia; empecé á creer que habia hecho castillos en el aire, que no la iba á volver á ver; y vi cruzar ante mi mente el canal, mis pistolas, la cuerda de tender la ropa, los fósforos de Cascante. Dieron el tercero... nada... nada... ella no venia... pero ah! qué veo!... ella, ella! mas hermosa, mas bella! parecia que mi sueño la habia dado todo lo que á mi imaginacion! qué bonita estaba!... Entró; entré; oyó misa; la oí; salió; salí; la vi irse, entrar en la calle de la Victoria, meterse en el número 5, y palpitó mi corazon ébrio, como palpitaria el de Colon al ver tierra; como el de Arquímedes al descubrir el peso de los sólidos en los líquidos; como el de Chactas al ver á Atala; como no ha palpitado corazon alguno. Con que vive en el número 5, me dije: eres feliz; sabes donde mora tu beldad desconocida.

Vine cien y cien veces, y una sola la vi: ¡qué bonita!... Se disponia sin duda á salir porque estaba con mantilla puesta; me esperé; pero llegó la prosáica hora de comer, y tuve que abandonar á la amada de mi corazon por ir á caza del paternal y antipoético garbanzo.

Estuve yendo toda la semana; la vi varias veces, y no hacia alto en mí: yo entonces me determiné á esperar á la criada, al criado, al aguador, á su madre, á su madre no, pero á cualquiera, y me vine á escribirla una epístola de declaracion.

Era sábado, y por consiguiente al otro dia domingo: así que, me seria muy fácil dársela al ir á entrar en misa ó en su casa; en ella le pintaria el fuego que me devoraba, todo lo que habia sentido, cómo me habia impresionado; los juramentos mudos que habia hecho de amarla eternamente; me decidí pues á escribir.

Busqué papel fino para que este mensaje empezara á dar una buena idea de mi persona; deseché uno con orla de Cupidos; no quise otro con festones dorados; por fin me fijé en uno muy blanco, muy suave, muy terso, que tiene mis iniciales arriba; cojí una pluma, que probé cien y cien veces poniendo *Madrid* y rasgueando arriba y abajo, puse falsilla, y empecé. Ahora los tormentos. ¿Cómo empezar? ¿por apóstrofe?... ¿por admiracion? ¿por interrogacion? Invoqué al Dios de los amantes y al de los retóricos, ni mas ni menos que D. Quijote á Dulcinea cuando iba á entrar en descomunal batalla, y me propuse hacer un borrador; pero no fué uno, fueron varios: hé aquí los principales: lector, léelos, y verás cuántas ideas se agolpaban á mi enamorada fantasía.

«Señorita (decia el primero), ¿no habeis visto el pájaro herido por »el águila, y el águila herida por el cazador?... pues así me ha herido »de amor vuestra linda cara.

»¿No habeis visto cuánto simpatiza el arroyo con su florida ribe»ra?... pues así ha simpatizado vuestro amor con mi corazon. ¿No »habeis visto cuánto dura la siempreviva? pues así durará mi amor. »Amadme, amadme, y me hareis feliz.

»ENRIQUE DE S...»

Me pareció muy prosáica, á pesar de que hablaba de pájaros, de arroyos y de flores, y recordé que las declaraciones de Amaurs no eran así, que las de Stephen en la novela de A. Karr no eran de ese género, y que Lamartine, el primer poeta de la Francia, no cita en sus obras declaraciones de esta especie; rasgué el primer borrador, é hice el siguiente:

«¡Ay señorita! cómo os amo, y no os he visto mas que dos veces! »pero no he necesitado mas para que mi corazon me lo diga palpitando; »conozco que si no me amais desfallezco; yo os haré feliz con un cari»ño sin límites, lleno de ternura y de dulzura; correspondedme, y será »feliz vuestro apasionado amante

»ENRIQUE DE S...»

Esta me parecia mas en armonía con el siglo; no era ya el arroyo de las anacreónticas con peluca empolvada, ni las águilas de los poetas inspirados por la revolucion; era lo que yo necesitaba; la poesía moderna inspirada, como Zorrilla, como Arsene Houssaye, como el conde de Vigny, mezclado con algun tinte aleman; hago referencia al decir esto á la melancólica frase: *conozco que si no me amais desfallezco:* pareciame esta oracion un *Wergiss mein nicht* de orillas del Rhin; la copié en limpio, la guardé, soñé otra vez con mi desconocida, y el domingo al levantarme leí la carta; no era bastante melancólica; no tenia mas que la frase citada que fuera capaz de hacer impresion; no era bastante *poitrinaire*, como dicen algunos críticos modernos; en fin, me determiné á hacer otra, y esta fué la decisiva; la necesitaba yo triste como *el canto de Antonia de Hoffman*, como *las poesías de Millevoye;* que respirara mas dulzura que *una balada de Goethe* ó de *Unland;* que impresionara agradable, pero tristemente, como el *Jeremías de Beudemann;* que fuera poética como las páginas *de Arolas:* concisa como *Tácito*, y enérgica, pero suave, como un aforismo de *Henry Murger.*

Leí algunos trozos de mis autores favoritos para inspirarme, y escribí definitivamente la siguiente:

«Amadme, señorita, porque desfallezco de amor... vuestra mirada »ha penetrado en mi corazon, y he soñado; he sido feliz en estos sue»ños; no los rasgueis con una realidad horrible.

»¡Cuánto he pensado en vos desde que he tenido la dicha de veros, »de admiraros, de amaros, de quereros, de adoraros! y hace dias que »no os veo; quisiera borrar de mi vida este tiempo porque estoy lejos »de vos.

»Hacedme feliz con vuestra respuesta; decidme ese monosílabo am»bicionado; será la palabra mas dulce que habré oido en mi vida, la »cual consagraré á adoraros con mucho, mucho amor.

»Haced feliz á vuestro apasionado amante

»ENRIQUE DE S...»

Doblé convenientemente la carta y salí á la calle: eran las diez dadas; fuí al Buen Suceso; estuve un rato á la puerta; dieron el primer toque; cada campanada me llegaba al corazon: entonces comprendí la poesía del bronce; entonces noté que el badajo debia estar enamorado porque hablaba; el *tan, tan, tan* de la campana me significaba *amor, amor, amor;* estuve por hacer una oda al badajo de la campana del Buen Suceso; pero llegó ELLA, lector, ELLA, mi desconocida, mi sueño que habia de convertirse en realidad mas agradable que el sueño; mi ilusion que no concebia yo fuera desengaño. ¡Ay lector! creí que al entrar me habia mirado con cierta sonrisa; pero y si no habia sido á mí, y si un rival... me cegó la cólera: miré; no habia nadie; á un lado una vieja beata, al otro un ama de cria; me tranquilicé; habia sido á mí; estuve acariciando la epístola todo el tiempo que duró la misa, forjándome sueños de oro. Dios me perdonará esta falta de devocion causada por la admiracion á una obra suya. Yo la miraba y la remiraba, me complacia en su cara, en sus ojos que se alzaban lánguidos para mirarme.

Sacó el pañuelo, fijé en él mi atencion; tenia letras; me puse los lentes, miré, le estendió al ir á sonarse, y vi admirablemente su nombre... ¡ELENA!... ay! *Elena* de mi vida! Bendito sea quien inventó el bordado, quien invento los pañuelos y las narices; ya se me figuró el acto humano de sonarse el mas poético de todos: con que se llama *Elena*, y yo no lo sabia!... Ay! ahora lo sé... comprendí entonces que si la otra Elena habia sido así, no era estraño el atrevido proceder de Páris y las lágrimas del abandonado Menelao. Con que *Elena!* cuán grata noticia! cuán agradable! cuán grande! Apenas si cabia en mi corazon.

Se acabó la misa, y no quise darle la carta; ya que sabia su nombre, era mas prueba de cariño poderle poner en la epístola; veria cuán grande no seria mi amor cuando habia averiguado hasta su nombre...

(Continuará.)

A. BONNAT.

GEOGRAFIA UNIVERSAL.

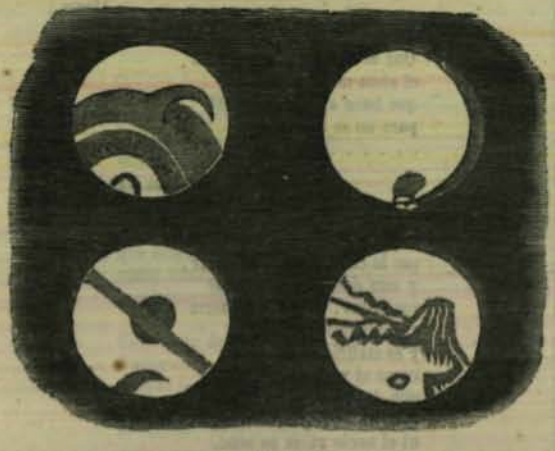
Introduccion.

(Continuacion.)

Mercurio es el menos considerable de los planetas, esceptuando los cuatro pequeños llamados *Palas*, *Ceres*, *Juno* y *Vesta*. Su diámetro no es mas que de las dos quintas partes de la tierra. Dista del sol 13.300,000 leguas, calculándose que su cálor es igual al de un hierro enrojecido.

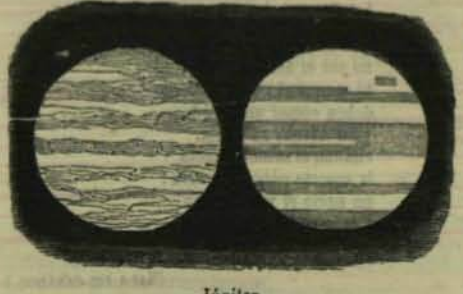
Venus, que le sigue, es ese brillante planeta llamado *Véspero*, ó tambien *lucero del alba*, porque aparece poco después de ponerse el sol ó un poco antes de levantarse. Tiene este planeta diferentes fases como la luna, pues aparece lleno ó creciente. Su distancia del sol es de 24.840,000 leguas. Su diámetro es poco mas ó menos como el de la tierra.

La *Tierra* dista del sol unos 34.000,000 de leguas; su diámetro es de 2,865.



Marte.

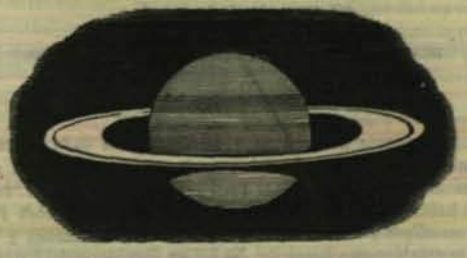
Marte dista 52.530,000 leguas del sol.



Júpiter.

Júpiter, el mayor de los planetas, es 1.281 veces mas grande que la tierra: su distancia del sol asciende á 179.000,000.

Saturno dista del sol 328 000,000 de leguas, y es mil veces mayor que la tierra.

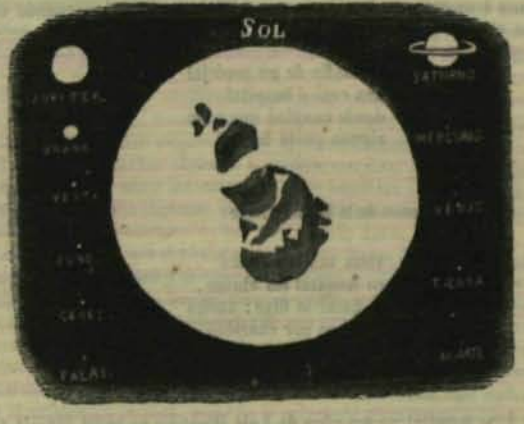


Saturno.

Urano ó Herschel, que á escepcion de *Neptuno* es el mas lejano de todos los planetas, dista del sol 660.000,000 de leguas.

Para la comprension de este interesante estudio ayudarán mucho las láminas.

Se pueden ver las diversas figuras de estos planetas, tales cuales aparecen en el telescopio, y comparar en la siguiente lámina su magnitud respectiva. A la simple vista no se diferencia entre las estrellas.



Magnitud de los planetas.

En su órbita, los planetas no se mueven con arreglo al mismo plan: ellos tienen, poco mas ó menos, sus ejes perpendiculares al plano de su órbita, pero diferentemente inclinados, lo cual produce la diferencia de sus estaciones, y los diversos espacios de sus dias y de sus noches.

Hé aquí un cuadro comparativo de estos planetas en sus distancias, etc., etc.

NOMBRES.	Distancia media del sol en millones de leguas.	Tiempo en que anda su órbita en años y dias.	Tiempo en que giran sobre su eje en horas y minutos.	Inclinacion de la órbita sobre la ecliptica en grados y minutos.	Inclinacion del eje sobre la órbita en grados y minutos.	Diámetro de los planetas en leguas.
Mercurio.....	10	0 á 88 d.	24 h. 5 m.	7° 0'	13° 0'	894
Venus.....	15	0 224 1/2	23 21	3 24	15 »	2,205
Tierra.....	27	0 265 1/4	23 56	» »	66 32	2,865
Marte.....	42	1 322	24 39	1 51	61 18	1,284
Vesta.....	65	3 240	» »	7 8	» »	80
Astrea.....	66	4 75 3/8	» »	5 19	» »	»
Juno.....	75	4 131	» »	13 4	» »	392
Ceres.....	76	4 221 1/2	» »	10 37	» »	464
Palas.....	77	4 221 1/4	» »	34 38	» »	708
Júpiter.....	145	11 315 1/3	9 55	1 19	86 48	26,500
Saturno.....	226	29 167	10 16	2 30	64 48	22,030
Urano.....	525	84 7 3/4	» »	0 46	» »	10,567
Neptuno.....	972	121 121 2/3	» »	4 8	» »	»

POESIAS INÉDITAS DE LUIS HURTADO.

El Hospital de necios,

HECHO POR UNO DELLOS QUE SANÓ POR MILAGRO.

(Continuacion.)

Un pensamiento humanitario y filantrópico ha dado origen á un pensamiento poético y moralizador: no ha podido escoger un raudal de agua mas pura y cristalina. En 1543, el benedictino Fr. Juan de Medina habia combatido la mendicidad por medio de su obra *Policía de los mendigos y ociosos*. En Toledo, Zamora, Salamanca y Valladolid, se establecieron hospicios. No fué un dignatario del Estado, un comisario régio, un ministro previsor el panegirista de las casas de reclusion para los pobres, desautorizando la vagabunda limosna de las calles; fué un monje español del siglo XVI que ha aplicado un epíteto gubernativo á una virtud cristiana publicando su segunda obra titulada *La caridad discreta*. Felipe III, segun se lee en el *argumento* del *Hospital de necios*, habia enviado «á las cibdades y provincias de »sus reinos su provision para curar de los pobres y recoger en los hos»pitales los enfermos y llagados,» y esta renovacion de las cédulas reales del Consejo en tiempo de Felipe II, proporciona á Luis Hurtado el pretesto, digámoslo así, de su invencion. Los necios no encuentran «casa ni hospital donde se acojer, y ansí con la mayor brevedad que »darse pudo, un hijo desta patria les hizo un hospital de pluma donde »se pudiesen recojer,» para olvidarse el autor á las pocas líneas de que corria á su cargo la fábrica de este edificio imaginario, cuando dice que vio

en medio de un predejal
una casa ó hospital
donde imaginé que mora
alguna gente bestial
. . . . . .

En la conclusion de la fábula añade:

Vista tanta necedad
en hospital sin abrigo,
al fiscal le dixe: amigo
sacadme por charidad
no me vea algun testigo.
. . . . . .

Este hospital no era obra de Luis Hurtado: no podia ser—la alegoría era insostenible porque el hospital de necios es el mundo. Por de pronto, aunque hubiese fabricado este asilo no seria *de pluma*—metáfora gongórica que equivale á decir, un libro—sino de piedra sillar.

El ingenio, enfermo y dolorido de amor, comienza á caminar por un pegujar desconocido, y un nub'ado lo lleva á las riberas de amar, donde *la necesidad*, como hospitalera, apresta un batel para conducirle á la isla de *la voluntad* donde se levanta un hospital. El poeta se encuentra en el patio de *ignorancia*, y al revelarle á su guía los deseos que tiene de ver el interior de esta caja de reclusion, este le confia el báculo de *la discrecion*, sin el cual se veria en inminente peligro. Encara con el médico *silencio*, y comparecen á su vista el *sufrimiento* rector, el *propio parecer* confesor, el *melindre* limosnero, el *discreto lenguaje* fiscal, el *no faltará* dispensero, y *el tiempo* mal cocinero á quienes permiten el paso los porteros, *descuido* y *poco saber*.

Luis Hurtado recorre el *Hospital de necios*, y observa las salas *de varones*, *de casados*, *de cortesanos*, *de letrados y eclesiásticos*, *de oficiales* y *de villanos*, así como la sala *de mugeres* donde se encuentran *doncellas*, *casadas*, *viudas*, *beatas*, *monjas*, *terceras y mundanas*. Sus descripciones, á pesar de abundar en incorrecciones y redundancias, no se apartan de la sátira filosófica que emplea el poeta contra las frívolas vanidades de su época. Ya sea entre los varones ó entre las hembras, en la sala de casados ó de mundanas, presenta como incurable y contagiosa la enfermedad de los necios. Nuestros lectores reconocerán en los siguientes fragmentos de este *tratado* la verdad y exactitud de nuestros juicios.

. . . . . .
Que aunque aquesta enfermedad (la de los necios)
no es posible sanar della
es necesario ponella
donde su peste y maldad
no enjendre mas mal con ella.
. . . . . .

(DIVISION.)

. . . . . .
Con cauterios encendidos
en los ojos y en la boca
el cirujano les toca, (se refiere á los necios.)
y tambien en los oidos;
mas dábales salud poca,
porque su mal de cualquiera
era de suerte y manera
que en la lengua se veia
y á la boca les salia
como enfermedad lijera.
. . . . . .

(IDEM.)

. . . . . .
Que al necio no ha de hazer
el alma mas bien ni mal
que hace al puerco la sal
para no se corromper.
. . . . . .

(SALA DE VARONES.)

. . . . . .
Cuando el necio habla, yerra,
por lo cual torna á enfermar,
y aun descubre con callar
sus faltas, pues hace guerra
con malicias y pesar,
y es malicioso sin freno,
como el vaso de agua lleno
que de ceniza henchido
el agua no se ha vertido;
ni el necio vacia su seno.
. . . . . .

(IDEM.)

. . . . . .
De la escriptura me acuerdo
que dice que en un arado
no sea el asno y buey atado,
ni menos el necio y cuerdo
deben comer un bocado;
y en Atenas se temia
cuando el sabio merecia
la muerte pública y fiera:
un necio el verdugo era
y la espada su porfia.
. . . . . .

(SALA DE CASADOS.)

. . . . . .
Que el necio no puede ser
remediado con saber,
porque pensando es sciente
no procura de aprender;
que si estudia es comparado
al que al sol mucho ha mirado
teniendo alguna ceguera
que le queda muy entera,
y ansí es el necio letrado.

Si en alguna fantasía
se funda, queda tan tieso
que no habrá discreto seso
que le ponga en otra vía
y ansí sigue su proceso:
porq' es á la piedra igual
que parece pedernal
y es de otra generacion
que aunque toque el eslabon
no da de lumbre señal.

Y si al necio amenazais
es lijero de forzar

y malo de porfiar,
que piensa si le rogais
que le quereis engañar:
conviene ser respondido,
castigado y corregido,
porque no piense q' sabe
y de necio no se alabe
que quedastes dél vencido.
. . . . . .

(SALA DE LETRADOS Y ECLESIÁSTICOS.)

. . . . . .
Que mas puede preguntar
un necio sin acertar
que cient sabios responder,
porq' el necio dice luego
lo que sabe, tuerto ó ciego,
y el cuerdo á su tiempo muestra
lo que esperiencia maestra
ha guisado con su fuego.
. . . . . .

(SALA DE OFICIALES.)

. . . . . .
Un mote vi que decia:
en piedra yerba no nace,
ni en el hombre necio yace
sciencia ni philosofia,
antes como bestia pace:
que si se pierde el prudente
su caida no se siente,
que desciende y sube luego
como cuando baja el fuego,
y el necio cae de repente.

Es peligro descubrir
á ningun necio el secreto,
porque le será sujeto
hasta el fin de su vivir,
el cuerdo, yo le prometo;
y mas que el necio fundado
no sanará por letrado,
ni por rico ni contento,
que viene de nacimiento
este mal desesperado.
. . . . . .

(SALA DE VILLANOS.)

. . . . . .
Porq' el q' una vez enferma (se refiere al necio.)
yo le aconsejo que duerma,
que tarde podrá sanar
de tal llaga en tierra yerma.
. . . . . .
. . . . . .
Que el necio no puede amar
si es necio naturalmente,
que es para amar impotente.
. . . . . .

(MUNDANAS.)

(Continuará.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

ANGELO.

(Continuacion.)

Yo habia salido de Italia, niño, inocente, corazon puro y crédulo, figurándome que el mundo todo era una mansion de ángeles buenos: pensaba que no tendria que decir mas que, tengo sed, y mil brazos se estenderian para acercar á mis labios la bebida que los refrescase; tengo hambre, y otros mil se disputarian el proporcionarme el alimento; quiero amor, y entonces al escuchar esta palabra mágica, en cada muger encontraria el cariño de la madre que la muerte me habia arrebatado, y en cada hombre un padre afectuoso, un tierno hermano, un cariñoso amigo... ¿Y ahora?—Ahora volvia con el escepticismo y el dolor en el corazon, despreciando la religion que mi madre me habia enseñado á venerar.

Penetré en Italia en la estacion del verano. Al contemplar el puro brillo de su cielo, los bosques de naranjos y palmeras, que cubren las risueñas costas de su mar; al escuchar los cantos de los labradores; al ver las voluptuosas danzas de la siega acompañadas de los roncos golpes del pandero, y á las que la robustez de las jóvenes, la indescriptible ligereza de las Hitellas, con sus airosos y elegantes trajes dan un carácter tan fantástico; al admirar todo esto me dije:—Aquí, aquí es el paraiso de las buenas almas; es imposible que bajo un cielo tan puro, y en donde la naturaleza se muestra tan seductora, existan corazones perversos.

—Suelo, esclamé, suelo que oiste mi primer vagido y que sorprendiste mi primer sonrisa; suelo en donde yacen los restos de la que fué mi madre, recibe á tu hijo benignamente; que en tu seno encuentre la felicidad tan ansiada; que en tu seno halle un corazon que me comprenda, una mano de amigo que estrechar, y al fin de mi vida una tumba ignorada cubierta con el azulado manto de los cielos, y regada tan solo por lágrimas queridas. En lo alto de una colina, descenso de los Alpes, hay un pequeño pueblecillo alfombrado de risueñas campiñas, sombreado por limoneros y palmeras, y cuyos bordes lamen suavemente las olas de un mar siempre tranquilo.—Se compone de una veintena de casas; una pequeña iglesia, cuyo campanario coronado por una cruz de hierro descubren á lo lejos los pescadores desde el fondo de sus barcas; á esta iglesia se halla pegado por la parte que domina al mar el presbiterio, y á este un cementerio reducido, oculto á las miradas de los profanos por una blanca tapia.

En este pueblecillo me detuve algunos dias porque me sentia algo enfermo. Por las tardes venia á visitarme á la casa en que me habia hospedado el sacerdote que lo regia.—Era un anciano de un semblante en que la gravedad y la dulzura se hallaban confundidas; su mirada era profunda, y con ella parecia leer en los corazones humanos; sus blancos cabellos formaban alrededor de su frente como una de esas aureolas de plata que rodean la cabeza de algunas imágenes. Este médico de las almas curaba tambien las enfermedades del cuerpo. Me preparó por sí mismo algunos medicamentos y refrescos; pero habiendo notado que una verdadera y peligrosa enfermedad residia en mi alma, procuró que nuestra conversacion versase sobre la religion cristiana, y habiéndole respondido yo con una franqueza espansiva, aquel anciano venerable comenzó á exhalar gemidos de dolor, cojió una de mis manos entre las suyas, y estrechándolas amorosamente, me rogó con copiosas lágrimas le contase la historia de mi vida, empleando la misma franqueza de que habia usado antes.

Le conté como á vos el abandono en que me habia dejado la muerte de mi madre; la frialdad y el rigor con que me acojieron mis tutores; las espresiones injuriosas que continuamente oia sobre mi nacimiento; mi genio veleidoso, la ninguna simpatía que habia encontrado en todas las personas que habia conocido: le conté tambien mi inocente amor á Wilna, su pronta muerte, mis viajes, las impresiones que en ellos habian recibido, mi desprecio hácia la religion cristiana, mis dudas sobre la existencia de Dios, y en fin le manifesté claramente todos los secretos de mi alma.

Concluida mi narracion, el anciano se levantó gravemente, y sin dejar de estrechar mi mano, me arrastró hasta el hueco de una ventana desde donde se descubria el mar y la campiña, el mas bello panorama que hayan contemplado los ojos de los mortales. Era ese momento misterioso la hora del crepúsculo, en que el sol acaba de ocultarse á nuestra vista, para ir á alumbrar otras regiones; aun á lo lejos se percibian algunas nubes doradas por sus reflejos, que coronaban los bosques de palmeras, que mecian armoniosamente sus enlazadas ramas. La luna con su acompañamiento de estrellas, saliendo del seno de las ondas, remontaba por el azul del cielo su curso majestuoso: las velas de las barcas teñidas de plata por sus rayos y balanceadas por el soplo de la brisa nocturna, parecian una tropa de blancos pájaros marinos; las gotas de agua que se escapaban de los remos, brillaban como diamantes suspendidos por un hilo invisible. Los cantos monótonos de los pescadores, los trinos de los pájaros que despedian al dia, los quejidos de las olas al morir en las riberas, el mugido de los bueyes, el valido de las ovejas y los vibrantes y pausados golpes de la campana de la iglesia que señalaba la hora de las ánimas, formaban la orquesta de tan majestuoso teatro.

El rostro de aquel venerable sacerdote se revistió en aquel momento de una gravedad imponente; su frente, sobre la que venia á morir un rayo de la luna, parecia brillar con el fuego de la inspiracion divina; y con una voz pausada y vigorosa esclamó así:

—Decidme, jóven desgraciado, á la vista de ese globo de fuego que se oculta á nuestras miradas para regocijar con su lumbre á otros paises; á la vista de ese astro de apacibles destellos y de las innumerables estrellas de que se halla tachonado ese inmenso dosel de la naturaleza, ese cielo azulado, pequeño pliegue del manto con que el Señor oculta su morada; al escuchar el armonioso y universal concierto con que ese mar, esos bosques, esas aves y esos ganados proclaman

su eterna omnipotencia; al contemplar todo esto, repito, ¿vuestro corazon podrá dudar de la existencia de un Dios? ¡Ah jóven infeliz! no es en los libros dictados por las pasiones de los hombres donde se aprende á conocer la grandeza y existencia del Eterno, sino en las páginas elocuentes de esa obra llamada naturaleza. Sí, jóven; preguntad á la mas humilde flor de las praderas á quién envia los deliciosos aromas que exhala; preguntad al fogoso toro á quién saluda con sus mugidos; preguntad á la reina de las aves que remonta su vuelo hasta el fondo de las nubes, y contempla al sol en todo su esplendor, á quién admira en los espacios que recorre, y todos, todos os responderán conformes que al Dios omnipotente que rige el universo. En cuanto á vuestro desprecio á la religion cristiana, ¡cuán insensato fuisteis! ¡cuán infortunado os habeis hecho con no haber venerado sus máximas divinas! ¿Por qué, hijo mio, no habeis confiado en esa religion celestial, que hace que todos nos consideremos como hijos predilectos de un padre siempre cariñoso, y que nos enseña á sufrir con nobleza nuestros infortunios? Vos, hambriento de amor y de ternura, ¿por qué no habeis confiado en esa religion que es la religion de todos los que padecen? ¿por qué no habeis encerrado en vuestra alma la esperanza que ella proclama como una virtud divina, y con la que fortalecen su corazon los desdichados? ¿Por qué, hijo mio, abandonásteis esa religion que fué tambien la religion de vuestra madre? ¡Ah! vos que recordais con tanto placer los momentos en que ella os enseñaba á rogar por todos los que lloran sumidos en el infortunio, por todos los que padecen persecuciones injustas, por los caminantes estraviados, por los que se hallan entregados á la terrible furia de los mares, considerad que en este mismo instante esa religion divina abre los labios de millones de seres que ruegan al Señor por que se aplaquen todas vuestras desdichas. Sí; la religion que inspira estos sentimientos solo puede venir de lo alto de los cielos. Volved, jóven desdichado, volved al seno de la religion de Cristo, y no desesperareis creyendo en sus palabras de encontrar corazones compasivos que os amen, que lloren cuando vos lloreis, y que se regocijen con vuestras alegrías. Volved á la religion de vuestra madre, cuyas cenizas se conmoverán de gozo en el fondo de la tumba, y os persuadireis de que es imposible que lo mas puro que depositó el Señor en nuestros corazones, el amor á nuestros semejantes, se evapore y apague bajo el hielo de la inercia.

Estas y otras mil palabras pronunciadas por aquel respetable sacerdote, resonaron en mi corazon despertando un mundo entero de ideas apagadas, como las majestuosas armonías del órgano resuenan en los templos despertando los ecos adormidos en sus bóvedas. Vertí copiosas lágrimas, y tal cúmulo de emociones sentia, que enmudecieron mis lábios, y me faltaron palabras para responderle.—¡Ah! ¡qué nuevos sentimientos se despertaron en mi alma! ¿Cómo habian estado tanto tiempo mis ojos cerrados á la luz? Ahora iba á nadar en un inmenso mar de amor, de delicias, de alegría. Todos los desgraciados iban á ser mis hermanos, y vertiendo en sus almas el bálsamo del consuelo, me lo retribuirian ellos igualmente; penetraria en las chozas de los pobres, y derramando en ellas la abundancia de que yo gozaba, sus habitantes me pagarian con esceso tan leve favor con un tesoro de agradecimiento y de cariño; allí encontraria jóvenes hermosas y puras y tiernos compañeros... ¡Dios mio, Dios mio! ¿Cómo habian estado tanto tiempo mis ojos cerrados á la luz?

Me arrojé á las plantas de aquel anciano sacerdote y le rogué implorase del que le habia concedido la facultad de atar y desatar el perdon de mis culpas, y me concediese la gracia de perseverar hasta el sepulcro en aquella religion celestial, que él habia venido á sellar con su divina sangre. . . . . .

. . . . . .

Desde entonces dejé de ser tan desgraciado; y la esperanza, precursora de la felicidad, penetró en mi corazon. Me propuse pues pasar la estacion del verano en aquel delicioso pueblo. Habia contraido relaciones con casi todos sus habitantes; acompañaba á la pesca á los viejos pescadores; asistia con los labradores á la recoleccion de las cosechas y á las alegres fiestas que siguen á la vendimia; ó recorria los sitios mas pintorescos acompañado del viejo sacerdote y de su hija adoptiva.

Figuraos una jóven, de quince años de edad, alta y de un talle tan esbelto y flexible como un junco, de un rostro verdaderamente italiano, tostado por el sol abrasador del pais, de ojos grandes, negros y rasgados, á través de los cuales podria leerse en el fondo de su alma, como se observa en el fondo de un lago, á través de sus ondas cristalinas; de cabellos tan negros como las alas del cuervo, los cuales cubiertos con la airosa toca italiana, se hallaban rizados y vueltos hácia ambos lados; de una frente espaciosa, como los peinados de las estátuas griegas. Si á todo esto añadis una voz lenta y melodiosa que sonaba en mis oidos como las gotas de agua que se filtran una á una en el hueco de una roca, tendreis el verdadero retrato de la hija adoptiva de aquel buen sacerdote.—Eleonora era el ángel bueno de todos los desdichados del pais. Cuando habia en él algun enfermo pobre, Eleonora introducia la alegría en el seno de su familia, proporcionándole los alimentos de que su miseria no le hubiera permitido gozar.—Ella velaba á la cabecera de sus lechos con el cariño de una hija tierna ó de una buena hermana: ella enseñaba á coser y á bordar á sus jóvenes compañeras; ella les enseñaba á tejer hermosas guirnaldas para adornarse en los bailes y en las danzas; en fin, donde Eleonora penetraba, ninguna persona quedaba sin consuelo. La primera vez que mis ojos vieron tan hermosa criatura, sentada en el hueco saliente de un pequeño balcon, sombreado por las ramas de un laurel, cosia unas pequeñas mantillas para cubrir al hijo que una pobre muger traia en su seno.

Desde entonces no fué sola Eleonora á derramar el consuelo y la abundancia en las familias: yo la acompañaba ordinariamente en todas sus caritativas faenas; enseñaba á leer y á escribir á una porcion de pobres niños; cuando á algun necesitado labrador se le morian ó estraviaban sus ganados, mis ahorros pronto le proporcionaban el placer de poseer otros; regalaba á los viejos pescadores gruesos gabanes para abrigarse en tiempo de la lluvia, y cuando las mareas destrozaban sus barcas, yo era el que sufragaba los gastos de la composicion. En fin, aquellas pobres gentes me adoraban ya como á su Dios, como pudieran adorar á Eleonora.

¡Cuántas veces la ayudé á formar hermosos ramos de flores cojidas en el jardin del presbiterio para adornar con ellas los altares! ¡Cuántas veces mientras que ella bordaba, sentada en el balcon de que ya os hablé y acompañada de la vieja Beatrice, su ama de gobierno, la leia yo obras religiosas é inocentes que embelesaban nuestras almas! —Allí pasaron las horas mas felices de mi vida; allí las páginas de aquellos libros haciendo salir el rubor á nuestros rostros, nos revelaron el secreto de nuestra mútua pasion. ¡Ah! ¡con cuánta franqueza me confesó su amor, y yo con cuánto fuego la dije que sin duda era el ángel que los cielos me enviaban para labrar la ventura de mis dias!...

Pero ¡ay amigo mio! en los decretos del destino estaba sin duda escrito que todas las personas que me fuesen queridas, debiera arrebatarlas la muerte de mi lado. Cuando su anciano padre habia ya consentido en nuestra union, una enfermedad dolorosa vino á desbaratar para siempre nuestra dicha. Como una cándida tórtola que sintiéndose mortalmente herida modula sus últimos arrullos á su amante inconsolable, así ella en el colmo de sus padecimientos, por no entristecerme con sus ayes, se ponia á entonar algunas canciones alegres, á las que en vano intentaba prestar animacion, pues sus sones solo me revelaban mas hondamente su dolor.

Los habitantes del pueblo, y especialmente los mas necesitados, lloraron amargamente al saber los progresos que la enfermedad hacia en su ángel tutelar: las jóvenes encendieron lámparas delante de la *Madonna* para que no las arrebatase su hermosa compañera, y prometieron despojarse de sus mejores adornos y abandonar por un año sus danzas y sus bailes, si la Madonna escuchaba sus súplicas; pero todo fué en vano, todo.

Una noche por fin se aumentaron horriblemente sus padecimientos: el brillo de sus ojos se apagó, y el fresco tinte de rosa huyó de sus mejillas y sus lábios. Los ángeles se hallaban ya á la cabecera de su lecho para conducir su alma al cielo. Su padre adoptivo mandó tocar la campana para anunciar á la poblacion que rogase al Eterno por aquella hermosa criatura que iba á abandonar este mundo. Todos, hombres y mugeres, niños y ancianos, corrieron á la iglesia á arrojarse á los piés de los altares. . . . . .

Angelo suspendió algunos momentos su narracion para enjugar las copiosas lágrimas que inundaban su rostro, y luego continuó:

(Concluirá.)

AURELIANO VALDÉS.

DE MADRID AL CIELO.

Ante el trono de Dios llegó un cuitado
Con mas faltas encima que pelota,
Y el alma por mil partes sucia y rota
Con el continuo roce del pecado.
El Soberano Juez mirôle airado,
Y el pecador, sintiendo su derrota,
Echó á temblar, sudando cada gota
Como un piñon, y dijo atribulado:
«¡Señor, pequé! Mi culpa es conocida;
Pero viví en Madrid sin una blanca
Los tres últimos años de mi vida.
—Cesa!... repuso Dios: del cielo franca
La puerta tienes; que en mi juicio eterno,
Nadie del purgatorio va al infierno.

F. J. ORELLANA.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.